



Istituto della Carità (Rosminiani)
Il Preposito Generale

00179 Roma – Via di Porta Latina, 17
☎ 39-06-77400071; ☎ 39-371 5640098; marco.tanghetti@rosminians.com

Prot. N. 12/180226

Londres – Ely Place, 18 de febrero 2026
Miércoles de Ceniza

*A los Padres y Hermanos del Instituto de la Caridad,
A las Hermanas de la Providencia Rosminianas,
A los Adscritos, Adscritas y Adscritos Consagrados,*

Queridos hermanos y hermanas:

¡Feliz 198.º aniversario del inicio de nuestra familia religiosa!

Hemos comenzado un camino juntos, peregrinos de esperanza con toda la Iglesia, en el primer año de preparación para el Bicentenario de la Fundación. En este primer año, nuestra atención espiritual se ha dirigido hacia Roma y hacia el significado que la Iglesia y el Papa tienen en la vida del Beato Antonio Rosmini y en nuestro camino espiritual.

Un significado que se hizo especialmente evidente para nosotros y para toda la Iglesia cuando despedimos al Papa Francisco y recibimos al Papa León.

El Padre Fundador dedica nada menos que dos de las Máximas de Perfección a la Iglesia, porque el deseo fundamental de agradar a Dios en la justicia (I Máxima) se concreta en ser discípulo misionero dentro de la Iglesia (II Máxima) y en el discernimiento lleno de confianza respecto a uno mismo y a la Iglesia (III Máxima).

La vocación del Padre Fundador

En este segundo año (20 de febrero de 2026 – 20 de febrero de 2027) contemplamos la vocación de nuestro querido Padre Fundador. En nuestro camino, esta etapa corresponde a Rovereto, donde el pequeño Tonino aprendió en su familia a vivir la vocación bautismal a la santidad y a escuchar la voz del Señor.



Así, Antonio Rosmini pudo reconocer el llamado del Señor al sacerdocio; vivió el deseo de agradar a Dios que lo llevó a aquel bendito Miércoles de Ceniza de 1828 en el Calvario de Domodossola, para recibir luz del Señor y escuchar su voz en el silencio.

Nuestra vocación personal

Si nos sumergimos en la vida del Beato Antonio Rosmini para conocer, contemplar y valorar su vocación, podremos reconocer también nuestra propia vocación —nuestra pertenencia e identidad— para vivir este carisma. Es un segundo paso: pasar de la vocación del Fundador a la nuestra, lo cual nos impulsa a reflexionar, responder y vivir plenamente nuestra vocación. Porque es Jesús quien nos ha elegido (Jn 15,16).

Existen etapas en nuestra respuesta a la vocación, como también las hubo en la vida del Beato Antonio Rosmini. Lo que proclamaba san Juan Pablo II hace treinta años en la exhortación apostólica *Vita Consecrata* (1996) expresa una hermosa realidad de nuestra vocación: cada etapa es una nueva llamada a responder fielmente al carisma, “un modo específico de ser, de servir y de amar”, en la juventud, al inicio del ministerio, en la madurez, en la edad avanzada e incluso en el llamado “a unirse a la hora suprema de la pasión” y en la muerte corporal (cf. n. 70).

Siguiendo la invitación del Papa, les animaría a retomar, sesenta años después, las enseñanzas del Concilio Vaticano II. Leamos el documento sobre la vida religiosa — *Perfectae Caritatis* — y, para los adscritos, el documento sobre los laicos — *Apostolicam Actuositatem* — a la luz de las Máximas de Perfección Cristiana, especialmente comenzando por lo que el Padre Fundador afirma en la primera lección espiritual sobre la perfección en general: es una perfección según el Evangelio, una perfección de amor, una perfección concreta y real.

Reflexionar sobre nuestra vocación implica considerar la perseverancia, que no se refiere solamente a la fidelidad personal, a la constancia o a la generosidad, sino también a reconocer que la llamada a este carisma es un don absoluto y permanente, junto con el don de la vida y la gracia recibida en el Bautismo.

Recuerdo la primera vez que, siendo novicio, visité la Casa dell’Addolorata en Borgomanero. Una hermana anciana y enferma me pidió que rezara por su perseverancia, y ella prometió rezar por mi perseverancia en la vocación. Sin duda, aquella hermana, ya en una cama de hospital, tenía una conciencia muy profunda del don de la vocación y de la necesidad de orar siempre para poder vivirla plenamente, cumpliendo la voluntad de Dios en cada momento y circunstancia de la vida. ¡Gracias, querida hermana, que ya estás en el cielo!

La vocación del hermano, de la hermana, de mi prójimo

En este año, junto con contemplar la vocación de nuestro Beato Padre Fundador y nuestra propia vocación, ejercitémonos en contemplar con sincero aprecio —dando gracias al Padre y alegrándonos en el Espíritu Santo— la vocación de los hermanos y hermanas de la familia rosminiana, especialmente aquellos de nuestra comunidad y aquellos con quienes compartimos la misión apostólica y todo lo que realizamos por el bien común.

Compartamos y escuchemos los testimonios de las historias vocacionales de nuestros hermanos y hermanas; recibamos edificación y sintamos que estamos pisando tierra sagrada por la presencia del Señor, quien, como una zarza ardiente, ha iluminado, calentado y sostenido la vida de cada hermano y hermana. Ahora, a través de la comunión fraterna, Dios sostiene también mi vocación.

Me gusta pensar que, de los doce instrumentos del arte espiritual que encontramos en el Memorial de la Segunda Probación, el segundo —el afecto entre los discípulos de Cristo— es como el eje central de todos. De hecho, el Beato Antonio Rosmini escribe que debemos prestar la mayor atención posible en el examen de conciencia a esta realidad de la fraternidad y del amor entre nosotros, porque de ella depende toda nuestra vocación a la caridad.

Descubrimos también que el Padre Fundador concede una importancia fundamental a otro de los instrumentos: el noveno, sobre la sencillez —entendida como integridad, sinceridad, transparencia y verdad— cuando afirma que incluso un poco de falsedad puede destruir miserablemente a toda la persona espiritual.

Son como los dos focos de una elipse: fraternidad y sencillez, verdad y caridad (cf. Ef 4,15), el abrazo con el que cuidamos y sostenemos la vocación del hermano. Crezcamos en el afecto verdadero, en la transparencia llena de comprensión y en la escucha que fortalece la confianza mutua.

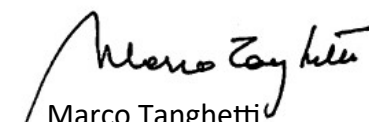
Vayamos entonces en peregrinación a Rovereto, aunque sea de manera virtual, con la mente y el corazón a través de nuestra oración diaria.

Saquemos de la fuente de nuestra vocación personal el agua fresca de la respuesta al primer amor (cf. Ap 2,4-5).

Crezcamos en la adoración, en el silencio y en la alegría por la preciosa vocación de nuestros hermanos y hermanas, apoyándonos y animándonos mutuamente en la Caridad.

Deseo para todos ustedes —y para las personas que reciben luz de su respuesta a la vocación cristiana y rosminiana— que crezcan en la plenitud de la Caridad, según la medida del don de Cristo (cf. Ef 4,7-13).

Los abrazo en el Señor,


Marco Tanghetti
Padre General

